

Luego permaneció en silencio, recordando que muchas leyendas de magos y alquimistas hablaban de la esencia del misterio como la piedra filosofal, el *lapis philosophorum* que los nueve caballeros fundadores de la Orden del Temple habían trasladado en secreto desde Jerusalén a París hacía más de doscientos años.

Según las leyendas, esa misteriosa piedra podía transformar el plomo en oro y otorgar la inmortalidad a su poseedor. Búlvar de Góztell le había hablado al rey de ella y le había asegurado que sabía dónde encontrarla: una sociedad secreta de sabios llamada Ouróboros la guardaba en los Castillos del Círculo, al norte de Alsacia, le había asegurado. Y muy pronto, esa piedra prodigiosa estaría en su poder. Sólo necesitaba que su enviado, Búlvar de Góztell, no hubiera fracasado en su misión y que el asalto a los Castillos del Círculo hubiera servido para algo más que para acabar al fin con los rebeldes templarios que se habían refugiado bajo el manto protector del duque Gulf de Östemberg y sus caballeros. Ahora todos ellos estaban muertos, ardiendo en el infierno. Habían sido derrotados, aniquilados sin piedad por su ejército y el de sus aliados en una sangrienta guerra a la que ya dedicaban sus canciones los juglares recién llegados a la corte desde los campos de batalla. Así que nada podría oponerse a su deseo de apoderarse de la esencia del misterio y alcanzar la inmortalidad. La maldición del gran maestre de la orden del Temple, cuando antes de arder en la hoguera gritó que el rey de Francia que lo condenaba a las llamas también moriría ese mismo año, quedaría conjurada para siempre. En esto pensaba el rey cuando un heraldo recorrió el gran pasillo central de la sala y anunció que el inquisidor Búlvar de Góztell solicitaba ser recibido en audiencia.

—¡Hazlo entrar con prontitud! —apremió el rey.

Los pasos del heraldo resonaron bajo la bóveda del techo hasta desvanecerse de nuevo en el silencio; al poco, volvieron a escucharse, repetidos por el eco y por los pasos del monje que le seguía.

El monje encapuchado llegó ante el trono y se arrodilló.

—¡Levantaos, levantaos y sed bienvenido de nuevo! —dijo el rey.

—Majestad, vuestro humilde siervo se postra ante vos.

El rey hizo un gesto indolente con la mano.

—¡Vamos, vamos, dejados de reverencias y decidme qué noticias traéis del norte!

Búlvar de Góztell se puso en pie y se apartó la capucha de la cabeza, dejando visibles las cicatrices de su rostro. En las manos llevaba un cofre dorado.

—Malas nuevas os traigo, mi señor.

—¿Qué queréis decir? ¡Hablad...! —ordenó el rey.

—Después de asaltar la fortaleza del duque Gulf de Östemberg, conseguí encontrar la cámara sellada de la que os había hablado...

—¿Entonces, ese cofre que traéis con vos...? —lo interrumpió el rey, sin comprender.

El monje reclinó la cabeza en señal de respeto y abrió el cofre.

—Está vacío, mi señor. La cámara sellada fue abierta antes de que yo entrara en la fortaleza del duque Gulf.

—¿Queréis decir que alguien se llevó la piedra durante el asedio?

—Así es, majestad.

—¡Maldita sea! ¿Cómo habéis permitido que eso ocurriera? Teníais mi ejército y el de mis aliados a vuestra disposición para evitarlo —gritó el rey, sin ocultar su contrariedad.

Todas sus esperanzas, albergadas durante tanto tiempo, volvían a evaporarse como el éter de los alquimistas. Sin la piedra sería un rey vulnerable, tan vulnerable como el más mísero de los mortales, pensó. Y sus ojos no ocultaron su temor.

Unos soldados del rey se acercaron al hombre que hablaba a gritos junto al gran pórtico de la

catedral de Chartres. La multitud se había agolpado a su alrededor como si fuese un profeta o un visionario que anunciara la llegada del fin del mundo. Tenía una larga barba blanca, unos ojos grises y enigmáticos, y portaba un largo báculo con el que apuntaba al cielo del amanecer, mientras pregonaba a grandes voces la existencia de un lejano y misterioso castillo, que alzaba sus murallas en las estrellas. También Grimpow se detuvo para escucharlo, moviendo el cuello entre la gente para poder ver a aquel hombre, cuya voz no le era desconocida.

—¡Vamos Grimpow, aún tenemos que recoger nuestros caballos! —apremió Weienell a su espalda.

Salietti miraba a un lado y a otro, inquieto por lo que ocurría. Si ese pobre viejo seguía ensalzando los prodigios del universo ante los soldados del rey, acabaría ardiendo en una hoguera acusado de herejía, pensó.

—Esperad, creo que ya sé dónde escuché la voz de ese hombre —dijo Grimpow, abriéndose paso entre la muchedumbre.

—¿Le conoces? —preguntó Weienell.

—No, no le he visto nunca, pero fue esa misma voz la que me habló entre las sombras de la catedral de Estrasburgo.

Salietti pensó que Grimpow debía de estar equivocado. Estrasburgo quedaba muy lejos, hacia el este, y a varios días a caballo desde Chartres. No podía tratarse de la misma voz.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —preguntó.

—¡Ese hombre está hablando de lo mismo que yo vi anoche en el laberinto de la catedral!

—Hablad más bajo, o también llamaréis la atención de los soldados —advirtió Weienell.

—¿Es que no os dais cuenta? ¡Yo también he visto ese castillo en las estrellas! —insistió Grimpow.

—Será mejor que sigamos nuestro camino —dijo Salietti—. Este asunto no nos incumbe —añadió.

Los soldados del rey se dispusieron a detener al anciano, ante la mirada descreída de la multitud.

—No podemos dejar a ese pobre hombre en manos del rey y de sus inquisidores —replicó Grimpow—. ¡Es uno de los sabios...! ¡Uno de los miembros de la sociedad secreta Ouróboros!

—¡Pero qué estás diciendo, Grimpow! —murmuró Salietti en voz baja. ¿Es que ahora ves fantasmas por todas partes? Ese viejo desdichado sólo es un bocazas, un charlatán que se busca la vida embaucando a ingenuos para conseguir una limosna.

Dos de los soldados intentaron coger al anciano por los brazos mientras le gritaban que se callara y lo acusaban de ser un mago adorador de las estrellas. La multitud comenzó a agitarse alrededor y Grimpow intentó abrirse paso a través de la gente apelmazada ante el pórtico de la catedral, sin prestar atención a las palabras de Salietti. En ese instante, el anciano se liberó de los soldados y blandió su báculo con ambas manos, haciéndolo girar sobre su cabeza. Los soldados desenvainaron las espadas, y quienes les rodeaban se apartaron a un lado entre protestas e insultos. Aquel hombre venerable con aspecto de mago no había hecho nada, murmuraban entre ellos.

—¡Tenemos que ayudarlo, antes de que lo apresen! —dijo Weienell, apoyando a Grimpow.

Salietti aferró el puño de su espada, dispuesto a proteger al hombre desconocido, y Grimpow sacó una flecha de su carcaj, decidido a usar el arco con el que cazaba. Pronto comprobaron, sin embargo, que el anciano se bastaba para defenderse de sus atacantes. Con un par de golpes se deshizo de un soldado, hiriéndolo en la cara, y no tardó en desarmar al otro, que vio cómo su espada caía a los pies de una mujer joven vestida de caballero, parecida a la que ellos tenían orden de buscar por todos los rincones de Francia. Otros soldados hicieron ademán de atacar al anciano, pero Salietti desenfundó su espada y se interpuso entre los contendientes. Todavía sentía el escozor de sus viejas heridas borboteándole en el cuello, aunque fingió estar dispuesto

a dar la vida por aquel intrépido adorador de las estrellas, cuyo nombre ni siquiera conocían. La muchedumbre enmudeció al ver destellar las espadas. Weienell recogió del suelo la espada del soldado y la enarboló al aire.

—¿Sabes manejar esa espada? —preguntó Salietti, sorprendido.

—¡Espero no tener que demostrarlo! —dijo Weienell, sin ocultar su miedo.